habían asistido a ella para que celebrasen la llegada de aquel príncipe Febo, aquel prodigio de hermosura, de bondad, de inteligencia y de valor. Los cortesanos se apresuraron a aceptar el convite, los unos por amor a su rey y a los herederos de éste y la mayor parte de ellos por curiosidad. Maximiliano, la princesa y sus hijos llegaron de los primeros.

Los espaciosos salones eran pequeños para contener tanta gente. Todos esperaban con impaciencia que apareciese Gastón.

Al fin se abrió la puerta que comunicaba con las habitaciones de Leonor y salió ésta brillando en su semblante una expresión de triunfo y de felicidad suprema; después iba Jaime, por último un niño encantador, lujosamente vestido, un niño perfecto tal como su madre había querido, bello como el sol, con la mirada dulce e inteligente y que sonreía con bondad.

El nigromántico, que estaba en el salón, se acercó a Febo y le dijo algunas palabras. El joven príncipe saludó con un movimiento lleno de gracia y los cortesanos prorrumpieron en entusiastas vivas.

Entonces Gastón se adelantó solo hacia las damas y los caballeros que le contemplaban embelesados; dijo con una voz de timbre agradable algo tan profundo que nadie lo entendió,

y en seguida cayó al suelo como herido por un rayo. De su cuerpo salieron en profusión las llamas y de éstas se desprendieron doce chispas que fueron a caer sobre otros tantos niños, entre ellos Edgardo, que recibió una en la frente y Ángela, a cuyo rostro fué a parar otra. Las criaturas que el migromántico había encantado tres años antes recuperaron de repente la hermosura y las cualidades que habían perdido.

La confusión que siguió a esta escena es indescriptible. Todos se esforzaban por apagar las llamas que rodeaban a Febo, y cuando al fin lo lograron, vieron a un sér deforme que únicamente se comprendía que estaba vivo por los débiles latidos de su corazón.

La princesa Leonor apostrofó con dureza al

nigromántico; sus sueños de ambición se habían desvanecido de repente. Luego se acordó de que era madre y abrazó con cariño al monstruo.

Los cortesanos quisieron matar al brujo, le hirieron gravemente y hubieran acabado con su vida si Jaime no lo hubiese impedido.

El rey murió poco después y le sucedió sin dificultad Maximiliano, siendo proclamado Edgardo príncipe heredero.

El niño, como ya hemos dicho, había recobrado la memoria y su hermana la belleza; tal vez estaba aún más hermosa que antes.

Jaime y Leonor se retiraron a una ciudad lejana, él a hacer serios estudios, que había desdeñado hasta entonces, ella a llorar su desventura junto a aquel hijo, al que no oyó pronunciar más palabras que aquellas que dijo cuando estuvo encantado.

El nigromántico, el brujo, que no faltó quien creyera que era el mismo diablo, fué encerrado para siempre en una torre.

Apenas se curaron sus heridas, convirtió su prisión en laboratorio, pero sus descubrimientos no le dieron ni provecho ni gloria.

Y una noche, en su soledad, oyó una voz misteriosa que, aludiendo a lo que hiciera para convertir al hijo de Leonor en príncipe perfec-

to, le decía, sin que él pudiese precisar si era dentro de sí o junto a su oído:

—Llegaste hasta el fin y te creiste victorioso; pero bien castigadas quedaron tu jactancia y tu osadía. El hombre alcanzará mucho en las ciencias y en las artes, pero con todo su talento y toda su voluntad, no podrá crear nunca en un cuerpo muerto o insensible ni un rasgo de bondad, ni un destello de hermosura, ni un rayo de inteligencia. Para formar todo esto es preciso ser Dios.

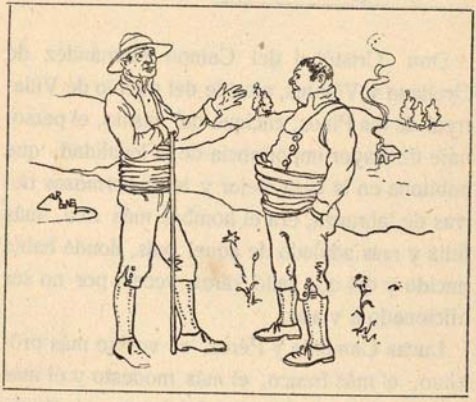
Campo y Campillo

Don Cristóbal del Campo Hernández de Orellana y Villares, alcalde del pueblo de Villarreal de los Pinos, cacique del mismo, el personaje de mayor importancia de la localidad, que habitaba en la casa mejor y tenía hermosas tierras de labranza, era el hombre más rico, más feliz y más adulado de aquel país, donde había nacido y del que salió raras veces, por no ser aficionado a viajar.

Lucas Campillo y Pérez, su vecino más próximo, el más franco, el más modesto y el más sencillo de los habitantes del lugar, era el menos querido del cacique, porque no le alababa nunca y porque no quería venderle una huerta que lindaba con las tierras de Don Cristóbal y que éste necesitaba para agrandar su propiedad.

El señor del Campo, que tenía en su vasto terreno gigantescos árboles de todas clases, se burlaba de los pequeños frutales de Lucas, de las fresas y fresones que cubrían parte de su suelo, de las hortalizas, y de las flores que no necesitaban grandes cuidados, que formaban el jardín.

Don Cristóbal tenía abundante agua en su posesión; Campillo tan sólo una fuente de caudal escaso.



—¿Qué tal esas cosechas? preguntaba Lucas al alcalde.

—Espléndidas, hermosas, contestaba con énfasis el cacique.

—¿Con que el campo cumple bien, señor del Campo?

—Muy bien. ¿Y qué tal el campillo, Lucas Campillo? ¿Han crecido muchas pulgadas los frutales?

—Han crecido poco, respondía el interpelado, pero están cuajados de peras, ciruelas, albaricoques y manzanas. Es una bendición de Dios.

—¿Me vendes tu tierra?

—No, señor.

—Ya vendrás a mí cuando estés convencido de que no te produce nada, y entonces no te la querré comprar yo.

—Siempre darán mis arbolitos lo bastante para regalo de mi mujer, de mi hijo y mío. Como tenemos los tres pocas necesidades nos contentamos con nuestra pobreza.

—Eres un majadero, Lucas.

—Para servir a V., don Cristóbal.

El señor del Campo estaba casado con una mujer tan vanidosa como él y de este matrimonio había nacido una niña llamada Aurora, que era el reverso de la medalla de sus padres. Sin que éstos lo supieran tenía verdadero afecto al hijo de Campillo, y por las tardes, cuando salía la niña a paseo con una antigua criada de su casa, se iba a buscar al muchacho para jugar a los aros, al volante o a la pelota con él. Era su

único amigo, porque los padres de la niña a causa de su orgullo y de la superioridad que creían tener sobre todos los habitantes de Villarreal de los Pinos, habían formado el vacío al rededor de su rica heredera.

El enojo y el desprecio contra Lucas subió de punto cuando fué nombrado secretario de la alcaldía. Don Cristóbal había propuesto a un amigo, hechura suya, para que cubriese la vacante que había quedado por ausencia del que ocupaba aquel cargo, pero no logró nada, porque Campillo había sido elegido de orden superior.

El señor del Campo se consoló de la derrota al ver que se preparaba en sus tierras una cosecha como no se había conocido otra tan buena. ¡Qué hermosura y qué abundancia de todo!

Los arbolitos de Campillo estaban más escasos de fruta aquel año y la poca que habían dado fué prematuramente, por lo que Don Cristóbal se reía a costa de Lucas.

Una noche se desencadenó sobre aquel pueblo una terrible tempestad. Los relámpagos y los truenos se sucedían sin interrupción y el vecindario estaba aterrado y no sabía dónde refugiarse. A eso de la una cesó, al fin, pero no se serenó el cielo.

Nubes negras lo cubrían a derecha e izquierda, dejando sólo un pequeño espacio más claro

en el centro, pero sin que en él brillase ni una estrella.

Un viento impetuoso sucedió a aquella hora de calma, un ciclón que destruyó toda la riqueza del pueblo. Los árboles más corpulentos cayeron por tierra, las cosechas fueron destruídas antes de que hubieran estado en sazón para recogerlas, deshechos los caminos, muchos tabiques y puertas derribados. No pocas familias quedaron sin albergue y sin pan.

Don Cristóbal andaba como un loco, no para cumplir sus deberes de alcalde, sino viendo con terror los destrozos causados en sus tierras. Antes de saber lo que había perdido en las suyas, corrió Campillo a auxiliar a los vecinos pobres del pueblo, repartiendo, según las necesidades, monedas o consuelos.

Al salir de una de aquellas casas se encontró con el señor del Campo, que se paseaba hablando solo y sin saber qué hacer.

—¿Qué le ocurre a usted? preguntó Lucas a su superior.

—¿Qué me sucede? gimió el alcalde. Mis cosechas perdidas todas; mis árboles por el suelo, ya no servirán más que para leña. Me figuro que a estas horas tú no tendrás más que el terreno.

—No me ha quedado tiempo de verlo todavía.

—Tus frutales tan pequeños no existirán ya. Vamos allá y te convencerás de la verdad de mis palabras.

Ambos llegaron al campillo.

La puerta estaba abierta y entraron sin la menor dificultad.

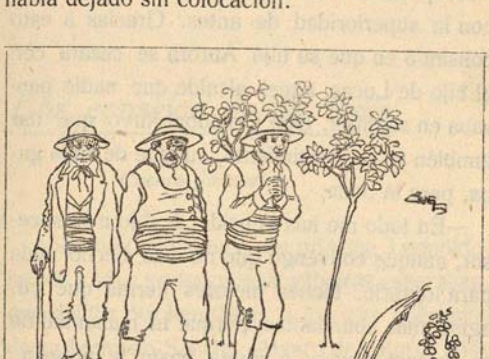
El aire había cesado por completo. Los arbolitos continuaban derechos y con sus ramas cubiertas de hojas; las hortalizas no habían sufrido desperfectos y las frutas sembradas en la tierra seguían resguardadas por sus capas de esmeralda. En una de las calles el terreno se había abierto y Lucas vió con sorpresa que de él salía el agua en abundancia, dejando al descubierto un hermoso manantial cuya existencia se ignoraba por completo. El pobre hombre se apresuró a dar gracias a Dios.

Un anciano había entrado en el campillo detrás de los dos hombres y dijo sentenciosamente:

—Así es la justicia divina. Abate a los soberbios y encumbra a los humildes. Derriba los árboles altos, que parecen desafiar al cielo, y respeta a los pequeños, que se inclinan humildes hacia la tierra. Don Cristóbal del Campo Hernández de Orellana, etc., pierde la riqueza en un instante y para Lucas Campillo surge un milagroso manantial, llevando a su modesto huer-

to el agua de que carecía. Cada uno tiene lo que merece.

El que así hablaba había sido maestro de escuela en Villarreal de los Pinos y el alcalde le había dejado sin colocación.



Quedó don Cristóbal tan mal parado a causa del desastre sufrido, que tuvo que renunciar a su cargo, siendo nombrado el secretario en su lugar.

Lo primero que hizo éste fué remediar la injusticia que se había cometido con el viejo profesor, logrando que volviera a ocupar el puesto del que tan inicuamente le habían destituído.

Pasó el tiempo y la gente del pueblo estaba

encantada con Lucas Campillo, aquel alcalde que sólo sabía hacer justicia.

La mujer del señor del Campo no parecía ni en sombra; tanto la habían abatido las desgracias, que ya no era vanidosa ni trataba a nadie con la superioridad de antes. Gracias a esto consintió en que su hija Aurora se casara con el hijo de Lucas, aquel alcalde que nadie pensaba en sustituir. Don Cristóbal tuvo que dar también su consentimiento, aunque de mala gana, para la boda.

—En todo me has vencido, le dijo a su sucesor, aunque convengo que no has hecho nada para lograrlo. Tienes mejores tierras que yo, aguas más abundantes, porque tu manantial no se agotará nunca, y ahora hasta le quitas mi apellido a mi hija, porque ésta en cuanto se case no se llamará como hasta hoy Aurora del Campo, sino la señora de Campillo.

—Que amará a V. y a su madre lo mismo que ahora, replicó Lucas, y le llevará un hijo más, porque el que va a ser su marido tiene corazón para querer a ustedes, sin quitarles nada ni a su esposa ni a sus padres. El nombre, señor del Campo, es lo de menos.

Los consejos de la bruja

Cuento fantástico

Abierto el testamento del príncipe Leopoldo, se vió lo que ya todos sus súbditos esperaban, que dejaba por herederos a los tres huérfanos de su hermano Sancho: Alvaro de catorce años de edad, Germán de doce y Sol de diez. Nombraba tutor de ellos al conde Pedro, que había sido su amigo y consejero más fiel.

No sin extrañeza se supo que los niños no podían tomar posesión de sus bienes hasta que tres pueblos, que nunca habían querido prestar acatamiento a su señor, se sometieran a los príncipes.

En una ocasión en que todas las ciudades, todas las villas y todas las aldeas habían enviado representantes suyos, con los diferentes productos de sus tierras, para obsequiar a Leopol-

do, aquellos lugares ni habían entregado nada ni dado señales de vida. No era cosa de castigarlos por tal desacato, ni por la fuerza ni por la persuasión. Esta ya la habían empleado las personas que indicaran la necesidad de que fuesen a la capital; de aquélla no quiso hacer uso el príncipe, que era caritativo y generoso y no deseaba nada que no fuera espontáneo y nacido del fondo del corazón.

A fin de que tan penosa carga no fuese sólo para uno de sus herederos, dejó el pueblo peor a Alvaro, el más incorregible a Germán y el menos malo a la niña.

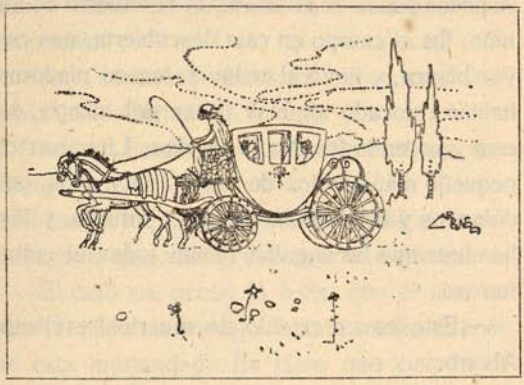
El mayor de los príncipes tenía un alma hermosa, el segundo una gran inteligencia y Sol era muy buena y no carecía de talento.

Aquel conde al que el príncipe Leopoldo había encargado que ejecutase su última voluntad, no era un hombre vulgar ni mucho menos. Se había pasado la vida estudiando y por eso procuró ante todo que los herederos del principado recibiesen una sólida educación. Tiempo tendrían luego de gobernar, ¿qué podían hacer siendo tan niños?

La cláusula del testamento referente a aquellos tres pueblos preocupaba al tutor. Era preciso visitarlos y saber en qué consistía que no produjesen nada a la nación ni hubiese medio

de que se sometieran a cumplir la ley como los demás.

Así es que una hermosa mañana salió en carruaje con Alvaro, Germán y Sol, sin ningún aparato, como si fueran cuatro viajeros o cuatro curiosos que quisieran visitar aquellos lugares.



Llegaron al primer pueblo a eso de las ocho. Habían atravesado un inmenso bosque y se hallaron de repente en un terreno llano sin belleza ni atractivo alguno.

—¿Dónde están las casas? dijo Germán.

El tutor no pudo responder al pronto, porque él tampoco las veía.

El coche siguió avanzando y entró en una calle larga y estrecha. En ella había cuevas y

chozas de pobre aspecto y de vez en cuando huertas mal cuidadas y que debían de producir muy poco. Pasaron luego a una plaza en la que se elevaba un templo y vieron por otros lados iguales cuevas e iguales chozas, todas con una puerta y una ventana cerradas. De repente lanzó Sol una exclamación de dolor y de sorpresa. A pocos pasos de ellos vieron el entierro de un niño, iba el cuerpo en caja descubierta, una cajita blanca, y junto al cadáver manos piadosas habían colocado algunas flores del campo, de esas que en todas partes brotan. Llevaban el pequeño ataúd niños de ocho a diez años, tan delgados y tan pálidos como el difunto, y los hombres que les seguían tenían todos el color terroso.

—¡Este es un pueblo de muertos! exclamó Alvaro.

—A tí te pertenece, hijo mío, contestó el tutor.

El niño se estremeció al oirlo y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para contener las lágrimas; pero él sabía que los hombres no lloran, al menos delante de gente, y supo disimular su pena.

El lugar era grande y lo cruzaron todo. Pero he aquí que antes de salir de él vieron que de otra de aquellas chozas sacaban el cuerpo de

una niña que quizás hubiera sido bella a estar menos delgada. La pobre muerta tenía los ojos abiertos, unos ojos azules muy hermosos, que parecían fijos en el cielo como para darle gracias por haberle hecho el beneficio de que dejara de sufrir. El cadáver fué llevado como el otro al cementerio, un terreno vastísimo que estaba detrás de la iglesia, en el centro mismo del pueblo.

—Aquí se mueren todos los niños, murmuró entristecido Germán.

Y los tres herederos quedaron mustios y cabizbajos.

El conde, impresionado también, dió orden al cochero de que saliese del lugar al instante.

—El caso es, pensó el tutor, que el aire es puro, el cielo sereno ¿no habría medio de evitar esta mortandad? Es claro que cuando el príncipe Leopoldo no lo hizo y dejó esta triste herencia a su sobrino mayor, sería porque no es cosa fácil.

El segundo pueblo que vieron no les dejó tampoco una grata impresión. Después de pasar por un extenso valle por el que corría un caudaloso río, llegaron a otro lugar, que contaba al parecer con más habitantes que el primero. Allí no había cuevas, sino casas de uno o dos pisos, con puertas, ventanas y balcones. La

gente estaba casi toda en la calle, sentadas las mujeres en el suelo, jugando los chicos entre los cerdos y las gallinas, y trabajando los hombres en tierras que necesitaban poco riego o sacando con dificultad agua de algunos pozos. Presentaban todos, sin distinción de sexo ni edad, un aspecto de suciedad y abandono que asombró a los herederos. Las ropas eran, o más bien estaban, de un color indefinible; no se veían más que caras tiznadas y cabellos enmarañados. El olor nauseabundo que había por las calles no se podía resistir.

Gracias a que la princesita Sol había sido obsequiada al salir de su palacio por una de sus damas con un ramo de perfumadas flores y pudo dar de él algunos nardos y jacintos a sus hermanos y al tutor para que aspirasen su delicado aroma.

—¡Qué pueblo tan sucio! exclamó Germán.

—Es tuyo, le contestó el conde.

El niño hizo un gesto de disgusto y manifestó su deseo de marcharse de allí cuanto antes. Pero no pudo realizarse esto tan pronto, porque en una de las calles había un carro atravesado y el coche tuvo que detenerse.

Varios chiquillos se lanzaron hacia el carruaje para mirar de cerca a aquellos niños tan limpios y tan blancos.

—¿Por qué no te lavan? preguntó Sol a una niña monísima que alargaba su mano gordita y sucia hacia el ramo de flores.

—No sé, contestó, no sé qué es eso.

—¿No lo sabes? ¿pues para qué sirve el agua?

—*Pá* beberla, contestó la pequeña sin vacilar.

Sol se echó a reir y le dió algunas flores y monedas.

El coche pudo seguir al fin su camino, con gran contento de todos.

Llegaron al tercer pueblo al anochecer. Parecía una ciudad más culta que los otros lugares; las calles tiradas a cordel tenían bellos edificios, había paseos, teatros, hermosas fuentes, pero no se veía en ella ni uno sólo de sus habitantes.

Las tiendas estaban cerradas; nada revelaba la vida allí.

Cruzaron la población de un extremo a otro sin encontrar a nadie.

—Qué significa esto? se preguntó el conde Pedro.

—Este es un país abandonado, murmuró Sol, pero al menos es mejor que los otros.

—Es tuyo, le dijo el tutor, y sin duda por ser el más bello de los tres lugares que se ne-

garon en otro tiempo a enviar sus representantes a tu tío, éste te lo dejó. Harto sabía él que los otros no eran dignos de tan linda princesa y que una mujer resistiría con menos ánimos el triste aspecto que los dos pueblos que antes hemos visto presentan.

Ya se iban a retirar cuando la puerta de una fonda se abrió. Un hombre alto y delgado apareció en ella y miró con curiosidad el carruaje.

Los niños, que habían almorzado en una ciudad que encontraron al pasar de un pueblo a otro, estaban fatigados y tenían sed, y el tutor dió orden al cochero de parar allí para que los príncipes tomaran algún refresco. Entraron los cuatro en una hermosa sala con columnas y espejos y se sentaron ante una de las mesas de mármol. Estaba vacío el local y no se veía a nadie que les pudiera servir. El conde pidió algunas bebidas heladas al hombre que había abierto la puerta.

—No hay, contestó lacónicamente.

—¿Pues qué se puede tomar aquí?

—En este momento nada. Los refrescos no se hacen hasta más tarde.

—¿Y cómo es eso? preguntó Alvaro.

—Porque no venderíamos ninguno, contestó el extraño habitante de aquel país. A estas horas no se ha levantado nadie todavía, yo soy el

único, porque me gusta ver la puesta del sol; en esta tierra se duerme de día y se vive de noche. Lo único que puedo ofreceros es un jarro de leche que iré a ordeñar ahora mismo.

Aceptaron y poco después volvía el hombre trayendo en una elegante bandeja cuatro vasos y una jarra de cristal. Tomaron el tutor y los niños la leche, pagaron con esplendidez y continuaron su camino.

Muy preocupado regresó Pedro de su viaje y, aunque consultó a algunos sabios del principado, ninguno ofreció un eficaz remedio para que se cumpliese la cláusula del testamento del querido e inolvidable Leopoldo.

Un criado del tutor se atrevió a aconsejarle que viese a la bruja Maravilla; lo que ella no acertase no lo acertaría nadie, con seguridad. Y aunque el conde no creyese en brujas ni en duendes, más bien por curiosidad que por otra cosa, se dirigió una noche, sin más compañía que un escudero, a la mansión de la hechicera.

Serían las doce cuando llegaron al ruinoso castillo donde habitaba Maravilla con otras muchas brujas de las que parecía ser soberana. En la más elevada torre tenían sus dominios. Ellas necesitaban poco espacio para vivir, porque la mayor parte del día y de la noche, ya unas, ya otras, se lo pasaban cruzando el espacio, pene-

trando en algunas casas, bailando en los valles y haciendo travesuras por las montañas.

Maravilla, apenas supo que el conde quería verla, ordenó que le introdujesen en su cámara, una habitación rectangular, amueblada con estrechos divanes, adornadas las paredes con pájaros nocturnos que tenían las alas extendidas y en los ángulos un gran número de palos y escobas, las *cabalgaduras* de los sábados.

Era la bruja de mediana estatura, delgada, con los ojos pequeños, de mirada viva y penetrante, la nariz afilada, los labios muy finos. Vestía de negro con falda larga y cubría sus cabellos y su talle un manto de tela tan transparente y tan delicada que habría más de una persona que afirmase que estaba hecha de alas de mariposas. Era vieja, muy fea, pero no repulsiva, y con singular amabilidad hizo sentar al conde a su lado apenas le tuvo en su presencia.

El tutor de los príncipes explicó brevemente a Maravilla el asunto de que se trataba y ella le oyó risueña y complacida. A veces no podía contener una sonora carcajada, como si le causara gran regocijo lo que le contaba el caballero.

—¿Creéis, preguntó Pedro tratándola con el mayor respeto, que hay algún remedio para esos tres lugares?

—Sí que lo hay, contestó la bruja poniéndose repentinamente muy seria.

—¿Me lo podéis decir?

—Ahora mismo. Al primer pueblo le falta aire, al segundo agua, al tercero luz; sin aire, sin agua y sin luz se vive mal o no se vive. Nada me sería más fácil que remediar esos ma-

les, pero es mejor que lo hagáis vosotros. Si una noche de ronda echáramos abajo con nuestras escobas las chozas y las cuevas, los hombres que las ocupan, porque así las heredaron de sus padres y de sus abuelos, acaso no las volviesen a construir de igual modo; pero mis compañeras, por exceso de celo, no se conten-

tarían con destruir los techos y las paredes, sino que lo romperían todo y quizás alcanzasen los golpes hasta a las personas. Podría yo también inundar el segundo pueblo con las aguas del río que tienen próximo al desbordarlas, pero al lavar a sus moradores tal vez se ahogaran en su mayor parte. Me sería fácil así mismo tener desvelados durante el día, con extraños ruídos, nuestros cantos y nuestras risas, a los que pueblan el tercer lugar, obligándoles por el cansancio a dormir de noche, pero esto, hecho así de repente, produciría grandes trastornos en su naturaleza y enfermarían no pocos...

—Entonces, interrumpió el conde, ¿qué hay que hacer?

—¿Qué hay que hacer? repitió la bruja. ¡Ja, ja, ja! eso se le ocurre a cualquiera. A principios del próximo mes, todos los habitantes del primer pueblo abandonan sus covachas, por excepción, para ir a una romería en otra villa algo distante. Manda ese día allí a muchos miles de trabajadores y que destruyan todas las viviendas. Al volver los pobres lugareños, se les dice que aquello ha sido obra de un terremoto. Les albergas en tiendas de campaña y en seguida los obreros que has llevado construyen en vez de las chozas y las cuevas, unas casitas sencillas con dos pisos, bajo y principal, con todos

los cuartos muy alegres y ventilados y teniendo las habitaciones suficientes para que la familia no viva hacinada. Arriba las alcobas, abajo el comedor y la cocina. Y les haces poner el corral o el establo en un extremo de la huerta, y les obligas a enterrar los muertos fuera de la población. Al poco tiempo cambiarán de aspecto esos hombres y no se morirán tantos niños, y como se verán más unas personas a las otras, se harán más sociables. En las chozas, que tenían casi siempre cerradas, no había medio de tratar al vecino.

La bruja guardó silencio un instante y luego continuó:

—El segundo pueblo lo dotas de buenas y abundantes aguas; con dinero y trabajadores todo se logra. Que haya en él fuentes, baños, estanques y arroyos. Los viejos es posible que no se acostumbren a lavarse ya, pero la gente joven no dejará de hacerlo. Para estimular a los muchachos mandas que les arrojen monedas al agua y ya te dirán los encargados de ejecutar tus órdenes cómo se lanzan los chicos a recoger el dinero. Las madres les harán luego que sequen sus cuerpos y así poco a poco se irán limpiando. Entonces, al verles más hermosos con sus caras lavadas, las buenas mujeres no tendrán inconveniente en que lo sigan hacien-

do y aun lavarán ellas mismas a los pequeñuelos que no se puedan arrojar a las fuentes y a los estanques.

—¿Y el tercer pueblo? preguntó el conde.

—El tercero, prosiguió la bruja, hay que conquistarlo de distinta manera. Como dispones de muchas tropas, haces que durante varios días, por la mañana, lo crucen tus soldados llevando sus bandas de música. Al oir los toques de los instrumentos empezarán por levantarse, atraídos por la curiosidad, las niñas y los niños. Después las mozas querrán ver a los bizarros guerreros y a éstas seguirán los hombres del pueblo para vigilar lo que ellas hacen. Las tiendas se abrirán temprano por si las tropas quisieran tomar o comprar algo durante los instantes que les den de descanso, y todos los moradores de la población mirarán con encanto la luz del día y recibirán con gusto un beso de los rayos del sol. Más adelante puedes consolidar la obra dando algunas fiestas por la mañana, toros o torneos, y ten la seguridad de que nadie dejará de acudir. Velando de día tendrán forzosamente que dormir de noche y las horas ya no estarán trocadas.

El conde dió las gracias a Maravilla por sus tres consejos y quiso hacerle un espléndido regalo, pero la bruja no lo aceptó, gozosa por

servir a los sobrinos y herederos de aquel príncipe Leopoldo que siempre toleró en sus estados a las hechiceras, cuando había muchos reinos en los que se dictaban severas leyes contra ellas. La bruja se contentó con la promesa formal del conde Pedro de que ninguno de aquellos príncipes, entonces niños, la molestaría nunca, dejándola en la misma libertad en que la dejó su tío, igual que a sus compañeras. Y el tutor ofreció solemnemente que se haría lo que ella deseaba si tenía feliz éxito la realización de sus consejos.

Puesto en práctica cuanto dijera Maravilla, en los tres lugares dió los mejores resultados; no en balde tenía ella una experiencia de tantos años.

Algo se tardó en conseguirlo, pero al fin el conde tuvo la satisfacción de recibir a las comisiones que enviaron los citados pueblos para demostrar su gratitud.

Después el tutor cesó en su cargo, porque los herederos, que eran ya dos gallardos mancebos y una gentil doncella, tomaron posesión de sus estados.

Apenas lo hubieron hecho, fueron a visitar aquellos tres lugares, objeto de tantos afanes y disgustos, y vieron en uno sus bellas casitas llenas de luz y sus habitantes robustos y

fuertes, en el otro a la gente limpia y más civilizada y en el tercero a todos madrugadores y amantes de la belleza de los rayos del sol.

En la segunda de aquellas poblaciones se bajó del coche la princesa con una de sus damas en el momento en que una niña blanca, sonrosada y bonita iba con un cantarillo a una de las innumerables fuentes.

—¿Para qué te sirve el agua? le preguntó.

Y sonrió satisfecha cuando contestó la interpelada:

—Para beberla y para lavarme, señora.

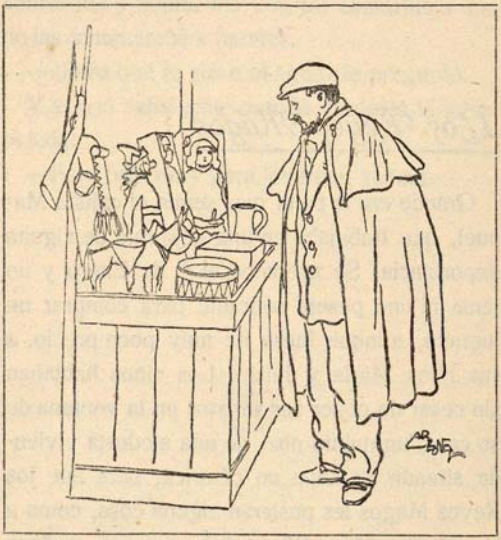
Los Reyes Magos

Grande era la pena que sentía el cajista Manuel, que trabajaba en una imprenta de alguna importancia. Se acercaba el 6 de Enero y no tenía ni una peseta sobrante para comprar un juguete, aunque fuese de muy poco precio, a sus hijos María y Julián. Los niños hablaban sin cesar de poner sus zapatos en la ventana de su casa, un quinto piso de una modesta vivienda situada en calle no céntrica, para que los Reyes Magos les pusieran alguna cosa, como a los demás niños. Ella soñaba con una muñeca bien vestida y calzada; él con un caballo de cartón como el que tenía uno de sus vecinos.

La mujer de Manuel, que antes ganaba también un jornal modesto yendo a planchar con una conocida suya, no gozaba desde hacía al-

gún tiempo de buena salud, por lo que tenía el matrimonio no pocos atrasos.

Al volver Manuel al lado de su familia en la noche del 4 miró en las tiendas de juguetes lo que sería más del gusto de los niños y vió muchas muñecas y muchos caballos bonitos, pero no



valía ninguno menos de una peseta. El cajista no tenía aquella pequeña cantidad, ya lo hemos dicho. Asi es que el 5 por la mañana empeñó su capa y por la tarde llevó a su vivienda los codiciados juguetes, sin que los niños, que esta-

ban en la vecindad con varios amiguitos suyos, se enteraran.

Por la noche del mismo día, antes de acostarse, pusieron en la ventana María y Julián sus zapatitos. Se quedaron un rato asomados, aunque hacía mucho frío. Y vieron pasar por la calle á Gaspar, Melchor y Baltasar montados en camellos, bien vestidos y acompañados de esclavos blancos y negros. Les seguían muchos chicos a los que arrojaban confites, y no pocos hombres y mujeres. Oyeron decir que eran aquéllas personas de buen humor que habían salido para solaz de grandes y pequeños, pero no lo creyeron los niños del cajista, que dijeron con tristeza:

—Padre, los Reyes han pasado sin dejarnos nada.

—Acostaos, hijos míos, dijo Manuel, los Reyes no ponen los obsequios en las ventanas hasta más tarde.

Y los niños se acostaron y tuvieron dulces sueños. Se levantaron temprano, y gritaron de júbilo al ver la deseada muñeca y el ansiado caballo. Y el padre se regocijó con ellos y la madre lloró de ternura al comprender el sacrificio de su marido, que salió a la calle sin capa.

Como ella se encontrase mejor de salud aquel día, fué a ver al dueño de la imprenta, al

que pidió un pequeño adelanto para desempeñar la prenda de abrigo, cuya papeleta había encontrado fácilmente. Pero como el amo había

dado ya algún dinero a cuenta a Manuel, se negó a satisfacer su deseo. Se alejó ella muy

triste sin saber a dónde acudir. Sus vecinas lo notaron en seguida, y al fin les contó lo que había hecho sin obtener resultado satisfactorio. Aquellas pobres mujeres dieron cada una una pequeña cantidad hasta reunir lo necesario para desempeñar la capa, diciéndole:

—Ya nos lo devolverás, si puedes.

Entre tanto María y Julián cantaban y bailaban con sus amiguitos, celebrando la fiesta de Reyes en el piso principal de la casa, donde había puesto un gran Nacimiento. La dueña de aquella habitación era una señora buena y caritativa, que había querido dar un rato de expansiva alegría a los pequeñuelos. Y les regaló juguetes y les dió dulces y vino, y repartió entre ellos un enorme rosco. El haba le tocó en suerte a Julián. Todos guardaron un gratísimo recuerdo del 6 de Enero de aquel año.

Manuel tuvo un aumento de jornal en la imprenta, habiéndose arrepentido el dueño de no haber atendido a su mujer, cuando le constaba lo necesitados que estaban. Y ella, recobrada la salud, obtuvo trabajo en el piso principal de su casa, donde la señora la pagaba muy bien.

Devolvió a las vecinas lo que tan generosamente le habían dado, pensando que nada hay más hermoso que la limosna del pobre.

Al otro año, el 5 de Enero, María y Julián

dusieron también sus zapatos en la ventana y los Reyes Magos les dejaron mejores y más numerosos juguetes que el anterior.

Los niños pasaron de la miseria al bienestar, sin haber conocido las angustias de sus padres hasta que éstos lograron que nada les faltara.

El jardín de las Hadas

Cuento fantástico

A mi amiga la Señorita Eulalia Escalera y Capua.

El pueblo en masa había asistido al entierro de la duquesa Marta, la madre de los pobres, la mujer más buena y más digna de ser amada de aquel país.

Había presidido el duelo su sobrino Camilo, recién llegado a la ciudad con su hermana Basilia.

Nadie les había llamado y aun se murmuraba que su difunta tía no les tenía gran afecto; pero ellos se habían enterado de la dolencia de la noble señora y acudieron presurosos. El mal fué tan rápido que al entrar en la casa de Marta, ésta acababa de espirar.

¿Había hecho testamento? Ante notario segu-

ramente no, pero se sospechaba que la dama había dejado escritas sus últimas disposiciones y nadie dudaba que había nombrado su heredera a la pequeña Luisa, aquella encantadora niña ahijada suya, huérfana de padre y madre, que la quería con ternura y a la que la duquesa adoraba. La pobre Luisa, desde que había muerto su madrina, no cesaba de llorar. Camilo y Basilia no se ocupaban de ella. Los criados esperaban que la hubiesen tratado con más consideración y más cariño y se esforzaban en consolar a la niña, a la que veían como única dueña de los bienes de Marta.

Júzguese cual sería su sorpresa cuando Camilo declaró que, no habiéndose hallado testamento ni ningún escrito de la buena señora indicando quién había de heredar sus bienes, éstos pertenecían por derecho propio a Basilia y a él. Y como nadie se presentó a disputarles la fortuna, tomaron posesión de ella a la mayor brevedad posible.

¿Qué harían de la huérfana?

¿La ampararían, como hubiese deseado seguramente la duquesa?

Una tarde dijo Basilia a la niña:

—Mi hermano y yo pensamos ir al cementerio a visitar la tumba de nuestra inolvidable tía. ¿Quieres venir con nosotros?

—Sí, señora, se apresuró a responder Luisa.

Y fué a su cuarto para ponerse su abrigo y su sombrero de luto. Antes de reunirse a Basilia bajó al jardín y cogió muchas flores para colocarlas sobre la sepultura de su querida madrina.

Luego tomó asiento en el último sitio del coche, cuyos primeros puestos ocuparon los sobrinos de Marta. Nada habló la niña durante el trayecto, que fué muy largo, ni nadie le dirigió la palabra.

Al fin llegaron al cementerio y ante el magnífico mausoleo que encerraba los restos de la ilustre dama, Luisa rezó y lloró largo rato, después de dejar su ofrenda de flores. Ya era casi de noche cuando emprendieron la vuelta a la ciudad.

Al poco rato de ir en el coche, dijo Camilo:

—Voy a entrar un instante en casa de nuestra amiga Juana, que desea conocer a Luisita. Que el carruaje se detenga algunos instantes, que en seguida volvemos la niña y yo.

—Está bien, aquí os espero, respondió Basilia.

Luisa y el sobrino de la duquesa se dirigieron hacia una quinta que había en el camino. Camilo empujó una puerta y pasaron a un jardín de bastante extensión.

—Espérame aquí, que voy a ver si está esa señora, dijo el joven.

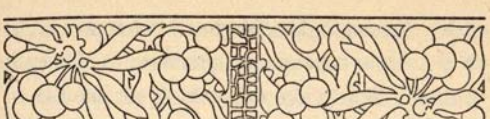
La niña le vió llamar a la puerta de una casa, que abrió un criado, y entrar. Aguardó un gran rato y Camilo no volvía. Ella se sentó en un banco, permaneciendo allí más de media hora. Tenía miedo de s[illegible]

seguida a Luísa que parecía estar esperándolas. Ya había hablado a sus protectoras de aquellas antiguas criadas de su madrina y obtenido el permiso para darse a conocer.

Cuando la nodriza de Marta y su hija supieron que aquella niña era Luísa, su contento no tuvo límites. Una y otra fueron autorizadas para irse a vivir con las Hadas con la sola condición de no salir de allí nunca.

Como Luísa no necesitaba dinero, dejaron que la fortuna de su madrina pasara a los pobres. Camilo y Basilia siguieron sufriendo los rigores de la miseria y del abandono, buscando inútilmente a la niña, en cuyo buen corazón confiaban para que los amparase, a la que habían arrojado de su lado de tan inicuo modo.

La criada enferma recobró por completo la salud. Durante las noches de luna su mayor encanto era salir al jardín para ver a las Hadas cantar y bailar asidas de las manos, tomando parte en aquellas sencillas distracciones Luísa, la hermosísima niña vestida con su túnica blanca y coronada con su guirnalda de preciosas flores de diversos matices, que sus protectoras le habían dado un día otorgándole a la vez todas las perfecciones.



El pobre Andrés

Cuando murió Jacinta, la mujer de Servando el cojo, nadie lo sintió por ella, que era una desgraciada, a la que su marido trataba muy mal, dándole una vida de constantes disgustos y que iba a descansar después de diez años de martirio, ni por el viudo, al que no quería nadie en el pueblo, sino por el pobre Andrés, el único fruto de aquel matrimonio, al que su madre adoraba y al que miraba su padre con criminal indiferencia.

El niño era bonito, gracioso, de clara inteligencia y aficionado al estudio; el maestro de escuela le presentaba como modelo de aplicación a sus demás discípulos y estaba seguro de sacar gran partido de él. Pero apenas murió Ja-

cinta, Servando decidió que el chico no volviera al colegio para que se quedase al cuidado de la casa y del cocido, mientras él se iba a la taberna a beber y a jugar al tute con otros vagos de profesión como él.

¿De qué vivía? De la renta de algunas casas y tierras que dejó su esposa al morir y del dinero que podía sacar a sus padres, posaderos ricos del lugar. Cuando necesitaba algo se presentaba a los viejos y les pedía algunas pesetas, diciéndoles que era para comprar ropa o zapatos a Andresín, que iba descalzo y casi desnudo, sin que el dinero de los abuelos se emplease nunca en el muchacho.

Tres meses después de quedarse viudo, se casó Servando con Paulina, viuda también y madre de dos niños de corta edad.

Eran marido y mujer tal para cual, los dos de cáracter violento, holgazanes y aficionados al vino. Por esto a sus quehaceres habituales tuvo que añadir Andrés el de servir como de niñera a Feliciana, a la que por abreviar llamaban Felicia, y a Pablo, muy niños aún para vivir sin los cuidados de nadie. Los dos chiquillos, mal criados y voluntariosos, particularmente el pequeño, le daban no poco que hacer.

La medida se iba colmando y el hijo de Jacinta acariciaba la idea de huir del pueblo para

buscarse la vida en otro lado, lejos del mal padre y de la madrastra perversa.

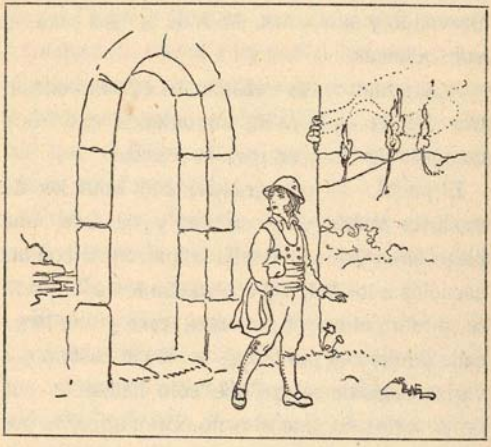
Un día que Pablito se cayó al suelo hiriéndose en la cabeza, sin que Andrés, que había salido por un botijo de agua a la fuente, pudiese evitarlo, Paulina pegó sin piedad a su hijastro, que decidió, cuando se quedase solo con los pequeños, aprovechando la larga ausencia de Servando y su esposa, salir de la casa para no volver jamás.

A ninguno de los vecinos les extrañó encontrar al chico en la calle, suponiendo que iría a comprar alguna cosa para la comida.

El pueblo no era grande, con edificios de modesta apariencia, corrales y cuadras, una plaza en la que se elevaba la parroquia con las escuelas a los lados y el ayuntamiento en frente, y fuera el campo, huertas, eras y una larga calle de árboles por la que se iba al castillo y a varias casas de campo que sólo habitaban sus propietarios durante el estío. Eran aquellas posesiones abundantes en caza y los domingos, cuando había terminado la veda, se veían grupos de cazadores que iban desde la ciudad próxima a pasar el día entregados a sus aficiones cinegéticas.

Cuando Andrés huyó de su casa era en el mes de abril y el castillo y las casas de campo

estaban desiertas. El niño se sentía muy cansado y, suponiendo que no le echarían tan pronto de menos, pensó descansar breves momentos para continuar andando después. Había allí un arroyuelo del que bebió un poco de agua y se sentó cerca de él a la sombra de un hermoso árbol.



Al acercarse la noche, emprendió de nuevo su camino. A la puerta de una posada vió un carruaje. El conductor estaba cenando tranquilamente en el comedor, como hombre que no tenía prisa, y dentro del coche no había nadie. A Andrés se le ocurrió meterse en él para ver

cómo era su interior, se sentó luego y por último se echó en el suelo pensando en lo bien que iría él allí para alejarse mucho de su pueblo. Y se quedó dormido.

Al despertarse, lo primero que hizo fué salir del carruaje y al verificarlo, vió con sorpresa que no se hallaba a la puerta de la posada sino dentro de un gran jardín. A lo lejos se elevaba un hermoso edificio, en el que sólo brillaba una luz en la ventana del piso más alto.

El niño estaba hambriento y tuvo la funesta idea de acercarse a la puerta para pedir un poco de pan. Fué muy mal recibido por el portero, que le preguntó cómo había llegado allí estando la puerta cerrada. Sobre las tapias, que eran bastante altas, había pedazos de vidrio y clavos, lo que hacía imposible que hubiera podido escalarlas. Mientras hablaban, se había aproximado un hombre en el que Andrés reconoció al que guiaba el carruaje, y al enterarse de lo ocurrido quizá sospechó la verdad, porque manifestó deseos de interrogar él solo al chico. Se lo llevó a una habitación solitaria y allí, hábilmente, le hizo confesar lo que había hecho.

Luego golpeó al pobre Andrés diciéndole:

—Tú debes de ser un espía y vas a decirme quién te ha mandado venir aquí para denunciar a mi señor y a sus amigos a la justicia.

El pobre niño contó lo que había pasado, pero no fué creído y quedó encerrado en aquel cuarto obscuro, sin poder calmar su hambre ni su sed.

El tiempo se le hizo interminable. Ya debía ser de madrugada cuando oyó rumor de voces, la palabra «conjuración» y frases revolucionarias, y luego nada, el silencio más profundo; para él el abandono más completo.

Después no se dió cuenta de lo que ocurría, creyó que iba a morir, rezó y antes de poder terminar sus oraciones, perdió el conocimiento.

A la mañana siguiente, un caballero que deseaba hacerle varias preguntas, sin duda el dueño de la posesión, fué introducido en aquel cuarto por el portero, que encendió una lámpara. Aquella pieza no tenía ventana ninguna, podía servir de prisión en caso necesario.

Al ver al pobre Andrés en tan lastimoso estado, el propietario no pudo menos de exclamar:

—¡Este desdichado se está muriendo! Debe ser un mendigo y, sin duda, ha contado la verdad al introducirse aquí. No puede ser un espía, es muy pequeñín para eso, no entendería ni una palabra de lo que iba a tratarse en el palacio. Manda que le den caldo y vino por de pronto y cuando esté reanimado se le hará tomar más alimento.

El portero obedeció y Andrés fué volviendo poco a poco a la vida, que hubiera perdido seguramente sin la intervención del caballero. Estuvo allí tres días cuidado y mantenido, durmiendo en buena cama, y antes de salir del palacio quiso saber su dueño de dónde procedía, para avisar a sus padres y que fueran en su busca; pero el niño se negó obstinadamente a dar aquellos datos, por lo que quien le interrogaba no insistió, adivinando, por el terror del pobre Andrés, algo de lo ocurrido, que no era feliz en su casa y que había huído para evitar los malos tratos de que era víctima. Le dió algunas monedas y merienda para el camino y le deseó buena suerte. No se volvieron a ver más.

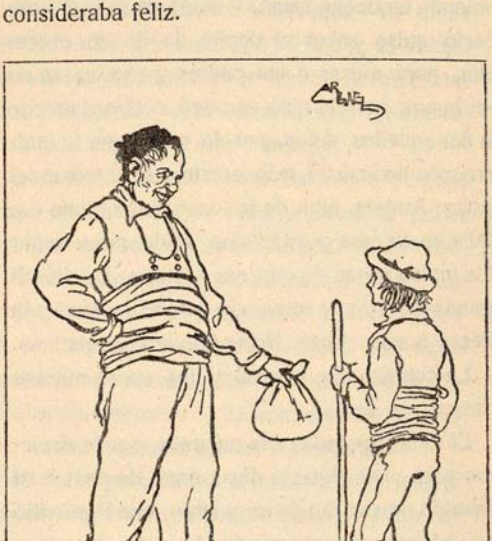
La conjuración fracasó y los conspiradores desistieron de ella.

El niño, agotados sus recursos, que le sirvieron para vivir algunos días, entró de pastor en casa de un ricacho de un pueblo, que le admitió por lástima, sin recomendación ninguna.

Salía muy de mañana con un chico mayor que él para sacar al campo el ganado y se encariñó con sus ovejas que le conocían y acudían al oir su voz. Aquella vida tranquila no le disgustaba.

Cuando encontraba algún resto de periódico en el suelo, se lo llevaba para leer y procuraba repasar en su mente lo que había aprendido en

la escuela para no olvidarlo. El amo era bueno y no le daba mal de comer. No le pagaba, pero le calzaba y le vestía, y así cubiertas sus necesidades, como no le hacía falta dinero, se consideraba feliz.



Un día le dijo al muchacho.

—Hoy irá solo con las ovejas Gaspar, este era el nombre del otro pastorcito, y tú le llevarás

unos quesos, que ha hecho mi mujer, a mi compadre, que vive en el pueblo llamado Molinos. Sigues la carretera hasta llegar a una posada que está a la entrada de él y tiene una muestra con un águila en colores; pregunta por Colás y le entregas los quesos y una carta. Seguramente te dará propina, que será para ti, como es justo. Procura estar de vuelta antes de la noche.

Partió Andrés y cumplió perfectamente el encargo de su amo.

El posadero le dió muy bien de almorzar y le regaló una peseta. Le fué muy simpático el chiquillo.

Por la tarde salió éste de Molinos para regresar a su casa; llevaba una carta para su amo e iba muy contento por haber hecho el encargo tan bien.

A mitad del camino encontró a un hombre de un moreno subido montado en una mula que se detuvo ante él y le preguntó por dónde llegaría más pronto al pueblo en el que Andrés residía.

Le dijo que casualmente iba él allí y el otro le instó a que montase y que así llegarían más pronto. Como el niño estaba algo cansado aceptó reconocido. El hombre le encargó que él fuese diciendo por dónde había que ir. Y así se hizo al pronto.

Hablaban de cosas indiferentes, del campo que cruzaban, del cielo que empezaba a obscurecerse, de lo hermoso que estaba el trigo, de la escasez de casas por allí. De repente, el desconocido sujetó con fuerza al pobre Andrés y cambió de dirección, haciendo que la mula tomase por un sendero que le apartaba de la carretera.

El chico quiso gritar y recibió un golpe en la cabeza que le dejó como atontado. Y así caminaron largo rato y vino la noche y la mula no se detuvo hasta llegar a una esplanada en la que se veían hombres, mujeres, niños, dos asnos, un perro, algunas gallinas y palomas, varios líos de ropas, esteras y utensilios de cocina. Las personas eran como el hombre de tez morena, cabellos y ojos negros, facciones bastante correctas y airoso porte; varios gitanos que acampaban por allí.

—Ya está encontrado el chico, dijo el que había cogido a Andrés, sólo falta la niña.

—A esa ya la tengo yo ojeada, dijo una joven. Mañana será nuestra.

El pobre niño tuvo que pasar atado aquella noche bajo la vigilancia del que le había llevado a aquel sitio engañándole. Andrés esperaba que alguien le salvase, pero no vió a nadie. A la madrugada se durmió.

Poco después, todos se pusieron en marcha, sin duda no se consideraban en aquel lugar seguros. Se dirigieron a una venta en la que permanecieron dos días. Salieron de ella por grupos, siendo los últimos Andrés, las mujeres y algunos chicos. Los hombres, según dijeron, partían para hacer un buen negocio. Luego llegaron a una posada los que habían quedado con el niño. Este dormía en una pequeña habitación con otros muchachos. Estaban echados en esteras, el hijo de Servando algo separado de los demás. De pronto se despertó. Una mano pequeña se había puesto sobre sus labios y una vocecita le decía muy bajo:

—Andrés, Andresín, vámonos de aquí, que quieren vendernos a un titiritero.

El no había dicho su nombre a nadie, ninguno de los gitanillos le había dirigido la palabra, ¿cómo sabían su nombre en aquel sitio?

Extendió una mano y tocó una falda de niña y luego unos cabellos largos y sedosos.

—Todos duermen, ven conmigo, prosiguió ella.

Y le cogió de un brazo para sacarle de allí.

—¿Quién eres tú?, preguntó Andrés.

—Soy Felicia, respondió la niña, pero no perdamos tiempo, que nos van a oir. Vámonos. Ya te explicaré todo.

El niño, que dormía vestido, lo mismo que los demás, se puso de pie, cogió la gorra que tenía a su lado y tomando de la mano a la hija de Paulina, salió muy despacio de la posada cuya puerta abrió fácilmente, descorriendo el cerrojo. Fuera, en un corral, estaban los dos burros. La mula se la habían llevado los gitanos, el perro estaba también con ellos y las aves las habían vendido hacía poco. Andrés quitó una barra para franquear la salida y uno de aquellos animales aprovechó aquel instante para huir. El niño lo alcanzó y montando en él a Felicia, hizo lo propio para ganar tiempo.

No sabía hacia donde ir, pero el asno emprendió una carrera loca, sin preocuparse de la carga que llevaba encima. No se detuvo hasta llegar a un pueblo, delante de una casa, rebuznando ruidosamente.

—Mejor será que nos bajemos, dijo Andrés.

Así lo hicieron, y antes de perder de vista aquella vivienda, vieron salir a un chico que se acercó al burro y le hizo muchas caricias.

—Padre, gritó, aquí está el Mohino que nos robaron el mes pasado. Se ha podido escapar y ha vuelto.

Los dos niños no se alejaron hasta que el animal entró en la casa.

—Fácil es adivinar lo que ha pasado, dijo

Andrés; los gitanos se llevaron al burro y lo mismo habrán hecho con el otro, la mula, el perro y las aves que tenían con ellos. Ahora vamos a comprar pan y mientras lo comemos, me contarás cómo es que has ido a parar a la posada en que estaba yo y cuándo me has visto.

Acababa de abrirse la puerta de una tahona.

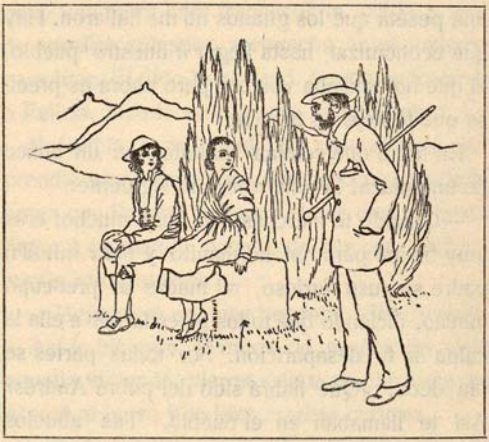
—¿Tienes con qué pagar? le preguntó Felicia.

—Sí, aquí en el forro de mi gorra he metido una peseta que los gitanos no me hallaron. Hay que economizar hasta llegar a nuestro pueblo, al que no pensaba volver; pero ahora es preciso que te deje en tu casa.

En tanto que comían sentados en un banco de una plaza, la niña refirió lo siguiente:

—Cuando te marchaste lo sentí mucho; eras muy bueno para mi hermanito y para mí. Tu padre se puso furioso, mi madre se preocupó mucho, diciendo que todos le echarían a ella la culpa de tu desaparición. Por todas partes se oía decir: ¿Qué habrá sido del pobre Andrés? Así te llamaban en el pueblo. Tus abuelos ofrecieron dinero al que te llevara a su lado. Nadie te encontró. Hace pocos días, estando yo en la calle, se acercó a mí una mujer, me habló de caramelos que me daría si me iba con ella y fuí tan tonta que la seguí. Me metió en una tartana y así llegué a la posada donde

estabas tú. Toda la gente que había allí era muy morena y comprendí que serían gitanos. La mujer dijo a un hombre: «Aquí está la chica que te ofrecí. A ella y al muchacho se los llevas mañana al titiritero y que te los paguen bien. No nos conviene tenerlos con nosotros, es un compromiso; que su nuevo amo se entienda con la justicia si los descubren». Yo



te había visto pasar por la otra habitación y cuando fué de noche me metí en ella para decirte que huyéramos.

—Nunca te hubiera conocido, has crecido mucho, dijo Andrés.

—¿Pues, y tú? ¡no estás poco alto!

—Has cambiado en todo. Estás más bonita, más cariñosa, más inteligente.

—¡Ya ves en tres años!

—¿Hace ese tiempo?, preguntó Andrés con sorpresa. Sí, es posible, continuó. Cuando me escapé era en primavera y otras tres veces he visto cubrirse las ramas de los árboles de hojas y los campos de flores. Luego tú tienes ocho años y yo doce.

—Justamente. Eso decían tus abuelos hablando del pobre Andrés.

Un hombre se había fijado en los niños y se acercó cautelosamente a ellos. Sacó un papel de su cartera y lo leyó con detención.

Luego pronunció en voz alta un nombre: ¡Felicia!

La niña se volvió, no conocía a aquel individuo y tuvo miedo.

—¿Será el titiritero que viene por mí, mandado por los gitanos? preguntó temblorosa.

—No te asustes, que no te voy a causar ningún daño. Vengo a buscarte en nombre de tu madre, dijo el desconocido.

En efecto, así era. Paulina había recurrido a la justicia para encontrar a su hija, no teniendo confianza en lo que los demás pudieran hacer, y aquel hombre era un agente de policía, que

llevaba por escrito las señas de la niña, a la que había reconocido en seguida.

Como Andrés no tenía dinero para hacer el viaje y temía la persecución de los gitanos, aceptó reconocido la ayuda de aquel hombre que los llevó en el tren hasta su pueblo.

La alegría de toda aquella gente fué inmensa al saber que no sólo había parecido la niña sino también el niño perdido hacía años, que nadie había logrado encontrar. Los abuelos quisieron llevarse al muchacho con ellos, pero Servando juró no volver a beber vino, y se opuso a separarse de su hijo. Paulina hizo igual ofrecimiento y, libres ambos de aquel vicio, reinó la paz en el hogar.

Si alguna vez la madrastra intentaba hacer una injusticia con su hijastro, bastaba que Felicia dijese: «—Madre, recuerda que el pobre Andrés me ha traído otra vez contigo; que nada hubiera hecho el policía si él antes no me hubiese salvado,» para que la mujer se arrepintiera y pusiese remedio.

El niño volvió a la escuela a seguir sus estudios, en los que hizo rápidos pogresos.

Luego le costeó su abuelo una carrera y llegó a ser juez de un pueblo, haciendo allí mucho bien y a no poca gente dichosa.

INDICE

	Págs.
Los molinos de Levante	5
Juanillo	15
La caja de música	29
El castillo del Ogro	41
Margarita	53
El príncipe perfecto	63
Campo y Campillo	73
Los consejos de la bruja	85
Los Reyes Magos	101
El jardín de las hadas	107
El pobre Andrés	121

PUBLICACIONES DE LA LIBRERÍA DE

PERELLÓ Y VERGÉS

Calle Caspe, 32 - BARCELONA - Apartado n.° 547

Colección Isabelina

Cuentos originales, Narraciones instructivas, Monólogos y Diálogos, por *Nogueras, Echarri, Pomés, Asensi, Osés* y *Carbonell,* ilustrados por *Carbonell,* con encuadernación de fantasía, plancha oro y elegante tricromía alegórica en la cubierta. Consta de los siguientes títulos: **La cruz del camino, Las vacaciones de Elena, La tierra deseada, Un viaje por el Atlántico, La siempreviva del invierno, Los molinos de Levante, El lago azul** y **La ermita de la nieve.**

Forman volúmenes de 128 páginas, con numerosos grabados alusivos, impresos en excelente papel pluma.

Cada uno . . . . . 1 pta.

Convencida esta Casa Editora de que uno de los medios de mayor eficacia para la más completa y perfecta educación de los niños es proporcionar a éstos libros que sean para ellos atractivos en la forma y que contengan al mismo tiempo útil enseñanza, ha dispuesto y publicado esta **COLECCIÓN ISABELINA** con el propósito de que respondiera del modo más absoluto a la indicada finalidad. A este efecto, empezó por encargar a literatos idóneos y acostumbrados ya a escribir para la niñez, cosa no tan fácil como alguien cree, la redacción de estos libros, pudiendo afirmar que todos ellos han interpretado con entera fidelidad nuestro pensamiento, entregándonos para nuestra **Colección** unos libros llenos de amenidad y de nobles enseñanzas, escritos todos en lenguaje correcto y clarísimo, cualidades que son indispensables en libros destinados a la infancia. Complétase la finalidad de esta **Colección** con la presentación material que se ha dado a la misma, elegante y atractiva por demás, realzada con dibujos del más puro estilo moderno.

Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina
1482317